# Selección poética[1]

***Por Valeria Correa Fiz***



Ilustración digital: Pablo Jardón

## ELLA

*A Jorgelina Ventura*

Ella
me alisaba suavemente las solapas
del abrigo
a modo de despedida.
En el tendedero
las camisas alzaban sus mangas vacías en forma de súplica.

Para rogar también hay que ser valiente.

Yo usaba mi coraje, en cambio,
para apretar los dientes. Y cuando me marchaba,
a medio camino hacia ningún sitio,
la felicidad de un perro al sol
conseguía atenazarme las tripas.

*Será mejor que detengas esta locura*,
me decía a mí mismo.
Pero, es sabido,
que a nadie le gustan los consejos.

Yo no sé qué tenían sus manos
que podían con la misma suavidad
alisarme el remolino de la frente
que sujetar a la Bestia del Apocalipsis por el morro.

La dulzura es, también, un arma.

[1] Tomados de *El invierno a deshoras* (Hiperión, 2017), merecedor del XI Premio Internacional de Poesía "Claudio Rodríguez".

# RECUERDOS DE UN ALBAÑIL

Hace treinta años yo
iba y venía entre alambres.
Arena, hormigón y ladrillos eran mi paisaje.
Llevaba las manos llenas de callos
y la cara enrojecida por el sol y el viento.
Caminaba sin pensar por un estrecho andamio de madera
(con un mono azul, como un mono),
a veinte metros de la caída o el salto.
Lo cruzaba silbando, no tenía miedo al vacío
porque me hice hombre, balanceándome como un crío en un
columpio de alturas,
haciendo equilibrio
como una delicada trapecista
con la música.

Allá abajo no estaba sólo la muerte:
estaba la posibilidad efímera del vuelo.

Iba y venía:
la boca llena de clavos donde debía estar la lengua,
el martillo en la mano de las caricias,
un bocata en el bolsillo que nunca saciaba el hambre
y los tentáculos del corazón suspendidos en el aire.

Allá arriba tenía los ojos siempre mojados:
cuando había sol o viento, se me saltaban las lágrimas,
si pagaban el jornal, lloraba de felicidad y codicia,
si empezaba llover,
se me empapaba la cara.

No lo sabía entonces, pero esos esfuerzos se parecen a vivir:
el cuerpo a merced del tiempo,
el vértigo, el hambre,
las lágrimas y la felicidad;
el oficio sanguíneo,
la búsqueda del motor del equilibrio y la lujuria,
la tentación de dejarse caer, la del salto,
siempre amando el filo, el reborde
como una obstinada mula desea el precipicio.

Pero sobre todo tenía entonces
un puro amor por el aire
que en cualquier momento se nos acaba
y nos deja la obra a medio hacer, en andamios:
a usted y a mí, que a veces nos creemos eternos.



Ilustración: Gerardo Mercado



**Valeria Correa Fiz** es escritora y abogada de origen argentino. Ha coordinado diversos clubes de lectura e impartido talleres de escritura creativa en Estados Unidos, Italia y España. Actualmente escribe para las revistas digitales *Aire nuestro* y *Los amigos de Cervantes*. Es autora de *El albúm oscuro* (2015) y *El invierno a deshoras* (2017), entre otras obras.